

Lefebvre y la producción del espacio. Sus aportaciones a los debates contemporáneos

Blanca Rebeca Ramírez Velásquez*

En el ámbito del análisis social del espacio y del tiempo contemporáneos, los trabajos de Lefebvre constituyen una referencia obligada para los territorialistas interesados en su estudio. Él escribió diversos ensayos relacionados con el urbanismo y la ciudad que repercutieron sobre todo en el pensamiento de planificadores y arquitectos, hasta llegar a su obra más importante sobre el tema: *La producción del espacio* (1991-[1974]). En ésta se reúnen reflexiones de corte filosófico y las amplió con algunas más de corte empírico en relación con su concepción del espacio y con la forma en que éste se construye. Aunque esta obra la escribió en 1974, no tuvo el mismo efecto que otras corrientes, como el estructuralismo, en la teorización sobre el espacio y la ciudad, a pesar de la relevancia que adquirieron estas investigaciones en América Latina durante la década de 1980.

* Profesora del Departamento de Teoría y Análisis de la División de Ciencias y Artes para el Diseño, UAM-Xochimilco. Miembro de la Red Nacional de Investigación Urbana (RNIU) y del Sistema Nacional de Investigadores SEP-Conacyt, dirección electrónica: bramirez@correo.xoc.uam.mx

No fue sino hasta 1991, en pleno momento posmodernista, cuando se publicó la primera traducción al inglés, provocando un fuerte impacto en la reflexión sobre el espacio en el mundo anglosajón. A pesar de su tradición marxista con el grupo de los estructuralistas, se deslinda de Althusser y la corriente que éste representa, así como también de Foucault y su indiferencia hacia la vida cotidiana, entre otros (Harvey, 1991:429). Esto lo hace un autor muy controvertido, y en ocasiones difícil de ubicar en el ámbito del marxismo, ya que no corresponde a las posturas del estructuralismo francés, pero tampoco se puede decir que participa de la ortodoxia de algunos grupos, sobre todo de los de las décadas de los setenta y ochenta.

Autores como Soja lo consideran como uno de los filósofos que toma distancia (que asume su postura) frente al “reduccionismo dogmático en la interpretación de Marx”, pronunciándose, en cambio, por un marxismo flexible, abierto, ecléctico, pero cauto, capaz de crecer y adaptarse sin truncarse previamente (Soja, 1989:48).

Su obra sin duda nos lleva a reflexionar sobre la construcción social del espacio en sus diferentes dimensiones, hecho que le confiere una gran importancia para el desarrollo del pensamiento contemporáneo respecto del tema.

En el ámbito mexicano, tiene relevancia abrir el análisis de sus aportaciones al estudio del espacio, puesto que hasta hace muy poco sus libros habían sido difícilmente comentados y utilizados dada la mayor importancia y difusión que se dio a su obra urbanística y política, la cual sin duda aportó elementos fundamentales a ciencias como la geografía y la sociología, entre otras.

En su libro *La producción del espacio*, existen tres puntos importantes que lo ubican como una referencia fundamental para la reflexión teórico-metodológica sobre el tema y que lo diferencian de los planteamientos teóricos del marxismo de la época. Primero, en lugar de sustentar el análisis a partir del capital, y sobre todo del capital en general, para argumentar sobre la sombra que éste transmite al, o produce en el espacio, o bien para demostrar la poca importancia que tiene la discusión teórico-metodológica para comprender sus movimientos, Lefebvre parte de reflexionar sobre la particularidad del espacio social. Ésta, nos dice, sólo puede ser reconocida si se distingue el espacio mental del físico de los naturalistas, trabajo al que sin duda él se aboca; este hecho es el que le da singularidad y especificidad. Él lo argumenta de la manera siguiente:

El espacio social se develará en su particularidad en la medida en que deje de ser indistinguible del espacio mental (tal y como lo definen los filósofos y los matemáticos) por un lado, y del espacio físico (tal y como lo define la actividad práctico-sensorial y la percepción de la “naturaleza”) por el otro. Lo que estoy tratando de demostrar es que dicho espacio social no está constituido ni por una colección de cosas, ni por un agregado de información (sensorial), ni por un paquete vacío parcela

de varios contenidos, que es irreductible a una “forma” impuesta, a un fenómeno, a las cosas o a una materialidad física (1991-[1974]:27).

En segundo lugar, la importancia que da al estudio del espacio social se debe a la complejidad real y formal que adopta, misma que ésta manifiesta en las relaciones que contiene. En ese sentido, en lugar de ubicarse en el capital para estudiar el espacio, él se sitúa en el ámbito de las relaciones que éste genera. Al respecto argumenta que:

El espacio social contiene y designa (más o menos) o apropia espacios a: 1) *las relaciones sociales de reproducción*, por ejemplo, las relaciones bio-fisiológicas entre los sexos y entre los grupos de edad junto con la organización específica de la familia; y 2) *las relaciones de producción*, por ejemplo la división del trabajo y su organización en la forma jerárquica de funciones sociales. Estos dos tipos de relaciones, de producción y de reproducción están inextricablemente ligadas una a la otra: la división del trabajo tiene repercusiones en la familia y es una con ésta; por el contrario, la organización de la familia interfiere con la división del trabajo. Así, el espacio social debe ser discriminado entre las dos –no siempre exitosamente– con el fin de localizarlas (*ibid.*: 32) (cursivas del autor).

Las relaciones tienen una vida social en la medida en que poseen una existencia espacial, se proyectan en el espacio y se inscriben en éste durante su proceso de producción (*ibid.*:129) donde se les imprime un carácter que va más allá de las relaciones contradictorias que pueden adquirir. Éstas pasan por diferentes formas: de inclusión y exclusión; conjunción y disyunción; implicación y explicación; interacción y reiteración; recurrencia o repetición, entre otras (*ibid.*:293). Es interesante notar que estas formas no son excluyentes en sus opuestos, sino que son incluyentes a partir del modo en que Lefebvre las analiza al argumentar que algunos de estos conceptos pueden incluir uno en el otro, o que pueden ser mutuamente excluyentes (*ibid.*:293-294).

Por último, el espacio social no sólo está conformado por relaciones, sino por representaciones de interacciones, “representaciones simbólicas que sirven para mantener las relaciones sociales en un estado de coexistencia y de cohesión” (*ibid.*:32). A éstas se agregan los significados, los signos y el lenguaje que se usa para designar y para analizar la forma en que el espacio afecta individual (el cuerpo) o socialmente.

A partir de estos tres puntos fundamentales, particularidad, relaciones, símbolos, el presente ensayo tiene como objetivo central presentar algunos de los aportes más significativos de la obra de Lefebvre en relación con su concepción sobre el espacio. Para ello, organizaremos la exposición a partir de los cuatro debates fundamentales que a mi entender han perdurado en diferentes momentos y con diversas posturas, en el debate teórico-metodológico sobre el problema del espacio y la construcción del territorio. Estos cuatro temas son analizados por el autor a lo largo de toda su obra y los

resumiremos en los puntos siguientes: 1) La concepción social del espacio; 2) La naturaleza y el espacio social; 3) Las dimensiones general y particular del espacio; 4) La jerarquización de las relaciones en el espacio y su articulación (Ramírez, 2003:31-32).

La concepción social del espacio

A partir de una reflexión filosófica sobre cómo se produce el espacio, el autor inicia el texto analizando algunas de las deficiencias que se presentan para su estudio, entre las cuales se incluye la crítica al concepto geométrico y abstracto del espacio, es decir, al de los matemáticos que insisten en manejar la dimensión espacial como un modelo en virtud de su adscripción al concepto euclidiano, isotrópico o infinito. A la reducción del espacio de la matemática, agrega la falta de claridad para diferenciar entre el espacio mental y el social, entre el espacio de los filósofos y el de la gente que trata con las cosas materiales y entre el espacio teórico-epistemológico y el práctico-empírico (*ibid.*:4).

Llama la atención sobre la posibilidad de encerrar el análisis del espacio dentro de una sola área del conocimiento, lo que contribuiría a generar y exacerbar la especialización y la reducción de sus aportes. Por el contrario, a lo largo de todo su libro él juega con la posibilidad de encontrar claves que permitan diferenciar tipos de espacio y formas de acercarse a su conocimiento a partir de distintas especialidades, entre las que se cuentan la antropología –cuando parte de la naturaleza y el cuerpo–, o bien la arquitectura y el urbanismo cuando lo remiten a la ciudad y las construcciones, entre otros ejemplos.

Hace una diferenciación entre lo que existe en el espacio, el discurso del espacio y el conocimiento del espacio. El primero lleva a la concepción del espacio contenedor, y el segundo a lo que de él se habla. En ambos casos, el problema fundamental radica en que pocas veces se llega por estas vías a conocer realmente qué es (*ibid.*:5); esto se logra sólo si nos adentramos en el estudio de los procesos que generan su construcción en el contexto social. La importancia que tiene su conocimiento real es que, según Lefebvre, el espacio desempeña un papel activo, instrumental y operacional en el conocimiento y la acción del modo de producción capitalista; sirve a la hegemonía de quien hace uso de él en el establecimiento, las bases y la lógica del sistema (*ibid.*:11).

De su división de los espacios –mental y real– se pregunta: ¿cómo entender la división entre ellos y sus traslapes?, a lo cual responde que “estos dos tipos de espacio, se suponen, se sustentan o respaldan y se presuponen uno al otro” (*ibid.*:14), por lo cual intentar disociarlos es un trabajo estéril. En ese sentido, al tratar uno, el otro está declarado en su razonamiento aunque no esté enunciado previa o explícitamente (Abbagnano, 2000:1110). Este punto es importante para entender y resolver, al menos

en parte, uno de los temas fundamentales que hay en el análisis territorial contemporáneo que remite a la articulación o disociación de las escalas en el manejo de una realidad social determinada.

En un intento por destruir los códigos relacionados con el espacio (Lefebvre, 1991-[1974]):24) él lo concibe como un producto social, hecho que lo concilia a partir de una doble ilusión: la de transparencia, que remite a una apariencia luminosa, intangible, que da rienda suelta a su acción y en la que se materializa y concreta una actividad mental de invención con otra de realización (*ibid.*:27-28). La ilusión real está vinculada con la naturaleza y la mecánica, con el materialismo (*ibid.*:30).

En ese sentido, si el espacio es a la vez real y mental, puede entonces abrirse a tres dimensiones, que denomina la tríada, constituida por tres conceptos a los cuales regresa constantemente a lo largo de todo su libro:

- 1) La práctica espacial de una sociedad oculta su espacio, lo postula y lo presupone en una interacción dialéctica; lo produce lentamente como dueño y lo apropia. Desde el punto de vista analítico, la práctica espacial de una sociedad se revela a partir de descifrar su espacio. En el neocapitalismo, la práctica espacial incluye una asociación del espacio percibido entre la realidad diaria (la rutina cotidiana) y la realidad urbana (las rutas y redes que vinculan los lugares del trabajo, la vida "privada" y del disfrute (*ibid.*:38).
- 2) Las representaciones del espacio refieren a su conceptualización, al espacio de los científicos, planificadores, urbanistas, tecnócratas e ingenieros sociales, cierto tipo de artistas con inclinación científica, todos identificando lo que es vivido y percibido con lo que es concebido. Estas representaciones trabajan de diferentes maneras a partir de signos, sean verbales o materiales (*ibid.*:38-39).
- 3) Los espacios de la representación son los vividos directamente a partir de sus signos e imágenes asociados, y desde aquí es el espacio de los "habitantes" y los "usuarios", pero también el de algunos artistas y posiblemente de aquellos, como algunos escritores y filósofos, que lo describen y no aspiran más que a describirlos (*ibid.*:39).

Existe una relativa autonomía entre esta tríada, ya que a la vez que puede considerarse a cada uno de sus componentes en sí mismo a partir de formas específicas de concepción del espacio, existe una relación dialéctica entre lo percibido, lo concebido y lo vivido. Esto implica, en consecuencia, que para concebir y percibir es necesario vivir el y en el espacio, hecho que supone entonces que es social. Asimismo, las diferentes formas de vivirlo, concebirlo y percibirlo están en función de las acciones sociales que en él realicen actores individuales o colectivos (*ibid.*:57), para lo cual incorpora la práctica de acciones que en él se desarrollan. En ese sentido define:

Espacio (social) no es una cosa entre otras o un producto entre otros; en su lugar subsume cosas producidas e incluye sus interrelaciones en su coexistencia y simultaneidad, su relativo orden o desorden. Es el resultado de una secuencia y conjunto de operaciones y por lo tanto no puede ser reducido a un rango o a un simple objeto (*ibid.*:73).

Bajo estas premisas, en su concepción de espacio social, Lefebvre no sólo concibe a los individuos interactuando en él, sino que, en su hacer con el espacio, las acciones sociales que realizan dejan su huella social y material aun si ellos mueren. Hay un vínculo estrecho entre espacio/sujeto que elimina con ello tanto la necesidad de reflexionar sobre su vínculo, como también considerarlo una simple y mera localización en el espacio. Al respecto el autor argumenta que:

En realidad, el espacio social “incorpora” acciones sociales, aquellas de los sujetos individuales y colectivos que nacieron y que murieron, que sufren o que actúan. Desde el punto de vista de estos sujetos, el comportamiento de su espacio es a la vez vital y mortal: dentro de él se desarrollan, dan expresión a ellos mismos y encuentran prohibiciones; entonces mueren y en ese mismo espacio contienen sus tumbas. Desde el punto de vista del conocimiento (*connaissance*), el espacio social trabaja (junto con su concepto) como una herramienta para el análisis de la sociedad. Aceptar todo esto es eliminar de una vez el modelo simplista de la correspondencia de uno a uno o “puntual” de las acciones sociales y las localizaciones sociales, entre funciones espaciales y formas espaciales (*ibid.*:33-34).

Las acciones de los sujetos individuales o colectivas llevan, por un lado, a una práctica de apropiación, en la que tanto los productos localizados en el espacio y los discursos que de él se hacen son mucho más que pistas de, o testimonios sobre, el proceso productivo, sino que subsume a los de significación sin que necesariamente sean reducibles a él (*ibid.*:37).

Pero también estas acciones de los sujetos se sustentan en relaciones de producción y reproducción, que en su conjunto están ligadas unas a otras inextricablemente. En ese sentido, según el autor, cada modo de producción contiene y asigna espacios sociales compuestos por relaciones sociales de reproducción y de producción en la que se encuentran la división del trabajo y su organización en forma jerarquizada de funciones sociales (*ibid.*:32).

En el modo de producción capitalista, el conjunto de relaciones que se vinculan obedece a tres niveles que deben tenerse en cuenta: 1) reproducción biológica en la que se encuentra la familia; 2) la reproducción del trabajo que se adscribe a la clase trabajadora, y 3) la reproducción de las relaciones sociales de producción, que son aquellas relaciones constitutivas del capitalismo y efectivamente incrementadas e im-

puestas por él (*ibid.*) El espacio tiene un papel relevante en cada una de ellas y tendrán que ser analizadas en su localización y complejidad:

De este modo, puede decirse que el espacio comprende una multitud de intersecciones, cada una con su localización asignada. Las representaciones de las relaciones de producción, que se subsumen a las relaciones de poder, también ocurren en el espacio; el espacio las contiene en la forma de edificios, monumentos y trabajos de arte (*ibid.*:33).

Estas relaciones, que permiten la vinculación entre sujetos y espacios que se producen, conciben, perciben y viven, se unen en un proceso productivo que los construye y los transforma, de tal manera que al evolucionar y cambiar, espacio y tiempo se juntan en su construcción en un proceso productivo que lo refiere a la historia (*ibid.*:46). Según Lefebvre, en esa historia de los espacios no se tiene que escoger entre priorizar procesos y estructuras, cambio o invariabilidad, eventos o instituciones.

Por el contrario, se transforman de manera conjunta, ya que la historia del espacio no debe desvincularse de la historia del tiempo (*ibid.*:117). Espacio y tiempo no están separados, ya que uno está implícito en el otro (*ibid.*:118), esto hace que, en el proceso, ambos cambien simultáneamente sin que haya entonces disfunciones y alternancias en su evolución.

El cambio de énfasis en el estudio del espacio, de los objetos a la producción del espacio, hace que productos y discursos en el mismo se incluyan como testimonio del proceso productivo, el cual subsume los procesos de significación sin que sean reducidos a ellos (*ibid.*:37). De esta manera, el conocimiento que se tenga del espacio nos lleva a la comprensión de los procesos de su construcción y de su transformación. Es la práctica y la acción de los sujetos dentro del espacio lo que facilita la posibilidad de dar significado al mismo (*ibid.*:137). Proporciona especial importancia al lenguaje y a la forma en que discurre en relación con los significados del espacio. Al respecto, en lugar de poner el énfasis en el aspecto formal de los códigos que simbolizan –verbal o materialmente al espacio– el autor destaca su carácter dialéctico. En ese sentido señala: “Los códigos pueden ser vistos como parte de una relación práctica, como parte de una interacción entre ‘sujetos’, su espacio y alrededores” (*ibid.*:18).

Al aceptar que se puede usar el discurso para intentar conocerlo, hace una diferenciación entre el discurso en el espacio y el del espacio. El primero refiere a lo que de él se puede decir en su localización temporal y espacial; el segundo se centra en el uso de códigos, palabras, signos, imágenes y símbolos, a lo que hay que agregar la necesidad de adecuarse a su comprensión, es decir, a estudiarlos en conceptos que permitan su desarrollo. La distinción de estos niveles en el análisis del discurso presupone una atención cuidadosa y crítica, por un lado al uso de palabras, imágenes, símbolos, concep-

tos; por el otro, a los procedimientos de colección, las herramientas usadas para hacer cortes y conjunciones (*ibid.*:104-105). La significación del espacio por los sujetos y el énfasis y significado que pueden tener permiten codificar y decodificar los signos que de él se tengan, imprimiendo entonces valor simbólico al espacio en cuestión.

Pero en la concepción de Lefebvre, el espacio social también puede ser forma, para lo cual, “el espacio social es morfología: esto es, la experiencia de la forma misma de un organismo viviente, y sólo ligado íntimamente con la función y la estructura” (*ibid.*:94). Así, *forma*, *estructura* y *función* son tres conceptos con los que se vincula el espacio social metodológica y teóricamente, de tal manera que constituyen perfiles que pueden orientar su análisis (*ibid.*:147); este hecho es sin duda importante, sobre todo para urbanistas, arquitectos y planificadores. Dentro de la estructura, distingue entre categorías de análisis, tales como la escala, la proporción, la dimensión y el nivel para definirla (*ibid.*:158), y que como veremos más adelante, constituyen en la actualidad formas específicas de orientar la discusión contemporánea sobre el tema.

Sin embargo, especialmente relacionado con el estudio de las formas, llama la atención sobre el uso de modelos en el estudio del espacio, en la medida en que reducen y simplifican la complejidad de los procesos que les son propios, y los dejan en la ideología:

El reduccionismo se infiltra en la ciencia bajo la bandera de la cientificidad misma. Los modelos reducidos son construidos –modelos de sociedad, de la ciudad, de las instituciones, de la familia, etc.– y las cosas son dejadas de esa manera. Esta es la forma como el espacio social se reduce a un espacio mental por medio de un procedimiento “científico” cuyo estatus de ciencia no es más que un velo de ideología (*ibid.*:106).

De la misma manera, el Estado y el poder político reducen las contradicciones por la mediación del conocimiento y por medio de una estrategia basada en la mezcla de la ciencia y de la ideología (*ibid.*).

La naturaleza y el espacio social

En la discusión de si el espacio es naturaleza o concepto, la invalidez del debate es sustentada por el autor en la medida en que, con ello, nos dice, se separa la naturaleza del conocimiento y la naturaleza de la cultura (*ibid.*:108). En ésta se encuentra el espacio natural dado, que se mantiene como el punto común de partida, el origen del proceso social y la base de su naturaleza (*ibid.*:30). Al estar de acuerdo con Marx y Engels, incluye a la naturaleza entre las fuerzas productivas, que son, además de ella,

el trabajo (organización y división del trabajo) y los instrumentos de producción, incluidos la tecnología y el conocimiento.

La naturaleza es y contiene las materias primas de las cuales se construye el espacio social. En ella se plasma el trabajo del que salen los productos que lo constituyen, por lo que el espacio social es a la vez trabajo y producto (*ibid.*:101-102). Es el trabajo el que liga la naturaleza con el espacio social, ya que es éste el que une en la historia los objetos y los trabajos (*ibid.*:128).

Los espacios se producen de la naturaleza a partir de la dominación y apropiación de ésta por parte de aquéllos. Sin embargo, al estar dominada por la tecnología, la destrucción que de ella se hace la está llevando a lo opuesto, a una no apropiación que se manifiesta en su propia destrucción. Al respecto argumenta: "...la naturaleza es vista ahora sólo como una materia prima fuera de la cual las fuerzas productivas de una variedad de sistemas sociales han forjado sus espacios particulares. Efectivamente, la naturaleza es resistente e infinita en su profundidad, pero ha sido derrotada y ahora espera por su última invalidación y destrucción" (*ibid.*:31).

Al preguntarse, por ejemplo, si la ciudad es trabajo o producto (*ibid.*:73), responde que es el resultado de una práctica espacial que transforma la naturaleza, pero que a la vez puede ser una representación del espacio a partir de la construcción de la ciudad, y un espacio de representaciones en líneas y diseños que se trastocan y se cambian en un sinnúmero de representaciones en la ciudad y para ella. En ese sentido, la naturaleza es el punto de partida para la construcción del espacio, a su vez que el punto final de su transformación y de su destrucción, convirtiéndose en un espacio mediado donde naturaleza y cultura se entrelazan en un conjunto de relaciones complejas:

Hay un objeto intermedio entre el trabajo y el producto, entre la naturaleza y el trabajo, entre el conjunto de símbolos y el de signos. ¿Refiere esto a un espacio? Sí. ¿Es un espacio natural o cultural? ¿Es inmediato o mediado?, y si es lo último, ¿mediado por quién y para qué propósitos? Son ambas, naturaleza y cultura, relaciones complejas que son mediaciones obtenidas. Lo mismo sugiere para el tiempo del espacio (*ibid.*:83-84).

Las dimensiones general y particular del espacio

En el espacio social, trabajo y producto tienen un carácter de unicidad en la medida en que cada uno tiene su historia, su experiencia directa, práctica y teórica; un vínculo de cimentación con la naturaleza, es decir, cada uno está dotado de características específicas (*ibid.*:110).

El error teórico está en ver el espacio sin concentrarse en sus discretas percepciones, en un acto mental sin concebirlo en su realidad total (*ibid.*:34). El espacio puede

adoptar dimensiones específicas: ser real o abstracto, mental o social, además de contener dos aspectos: espacios de representación y representaciones del espacio. Sin embargo, el espacio social, dice el autor, los contiene a todos en la medida en que denota y connota todos los espacios posibles (*ibid.*:298-299).

Sin embargo, surge la pregunta: ¿cómo homogeneizar o contener lo dividido o fragmentado? ¿Se puede concebir el espacio abstracto en lo abstracto? Homogeneidad y fragmentación se unen entonces en un ejercicio de juntar el todo con las partes a partir de una práctica social que construye y produce el espacio social que los contiene a todos. En la opinión del autor, “el espacio que homogeneiza entonces no tiene nada de homogéneo en él. Después de esta forma, que es poliscópica y plural, ella subsume y unifica fragmentos dispersos o elementos por la fuerza” (*ibid.*:308).

En este unir a partir de la acción y la práctica, la consideración del cuerpo permite que los tres momentos del espacio social, lo percibido, lo concebido y lo vivido, se articulen con las relaciones que lo generan. Es el cuerpo el que acumula el conocimiento científico y el de la anatomía, la ideología y las relaciones del cuerpo con la naturaleza, entre otros elementos. De este modo, los tres momentos deberían ser unificados, de tal manera que el sujeto, el miembro individual de un grupo determinado, pueda conectarse con formas específicas de representaciones del espacio y de espacios representados (*ibid.*:40-41). Esta consideración especial que da al cuerpo como vínculo entre lo individual y lo social será de gran trascendencia para algunos estudios contemporáneos en relación con el espacio.

En esta relación entre lo general y lo particular, su noción de centralidad adquiere una dimensión especial. Según el autor, la forma de centralidad en tanto que elemento de atracción que concentra objetos particulares, es un *locus* de acción alrededor de cuyo centro se estructura el espacio, mental o socialmente, y organiza una estructura que es siempre un momento, contribuyendo junto con forma y función a una práctica. En su concepción, esta noción de centralidad sustituye a la totalidad, reposicionándola y revitalizándola en la medida en que la hace dialéctica, ya que puede, a su vez, dispersarse y disolverse mientras se satura, sufre agresiones o desgastes. Lo que concluye de esta reflexión es que nada puede ser completamente fijo, constante o inmóvil (ni aun los centros), dando lugar a la posibilidad de repetición y diferencia de tiempo y a yuxtaposiciones (*ibid.*:399).

La jerarquización y articulación de espacios

Como se mencionó anteriormente, según Lefebvre, cada modo de producción contiene y asigna espacios que contienen relaciones sociales de reproducción y de producción en las que se encuentran la división del trabajo y su organización en forma

jerarquizada de funciones sociales (*ibid.*:32). Desde esta perspectiva, abre el espacio a dimensiones que van desde los cuerpos a los que les da una gran importancia en su producción, hasta sociedades, el mundo y el universo (*ibid.*:130), en un abrir el espacio a extensiones que él mismo considera cósmicas.

Por otro lado, la oposición y confrontación de clases las desdibuja con esta jerarquización de las relaciones sociales de producción y reproducción; en ese sentido, se puede decir que las ordenaba por grados en su ubicación en el espacio. Esto es de gran importancia, ya que da lugar a una amplia discusión respecto de si el simple posicionamiento jerárquico remite a la definición de las relaciones entre los sujetos, o bien si la diferenciación entre jerarquización, posicionamiento con localización y ubicación son parte también de su producción; estos conceptos son clarificados por Harvey (1996:112) en su momento.

Sin embargo, en esta apertura del espacio, argumenta que no existe un solo espacio social, sino una multiplicidad incontable a la que genéricamente designamos con ese nombre, en donde ninguno de ellos desaparece o se elimina, sino que, por el contrario, se sobreponen y se suponen. Esta no desaparición de los espacios, así como su sobreposición, constituyen para Lefebvre dos leyes del espacio social. Al respecto dice:

Estamos confrontados no con un solo espacio social, sino con muchos –ciertamente, por una multiplicidad ilimitada o incontable de conjuntos a los cuales nos referimos genéricamente como “espacio social”. Ninguno desaparece en el curso de crecimiento y desarrollo: *lo mundial no elimina lo local*. Esta no es una consecuencia de la ley del desarrollo desigual, sino una ley de su propio derecho. Su entrelazamiento es también una ley (Lefebvre, 1991-[1974]:86) (cursivas del autor).

De esta manera, la aparente oposición entre lo global y lo local, que tanto se discute actualmente, sería parte del ser del espacio social, sin que haya aparecido como resultado de la globalización y la apertura de los espacios en el momento contemporáneo.

El espacio social, en su hipercomplejidad, tiene el principio de la interpenetración y de la superimposición, y resulta de la multiplicidad de relaciones que en él se encuentran. Lo local no desaparece ante lo global, sino que se encuentra simultáneamente con él a partir de la concurrencia de vínculos que se generan entre ellos y en su interior. Incluye en los mismos, puntos fijos, redes, olas y movimientos, algunos interconectados, otros en conflicto (*ibid.*:88). Sin embargo, en estos encuentros, la pregunta que se hace es ¿qué se encuentra o qué se hace simultáneo? La respuesta que da el autor, es la siguiente:

[...] todo lo que está ahí en el espacio, todo lo que se produce por la naturaleza o por la sociedad, sea a través de su cooperación o a través de sus conflictos. Todos seres vivientes, cosas, objetos, trabajos, signos y símbolos. El espacio social se yuxtaponen —y después se dispersa: él coloca a los espacios y aquello que los mantiene uno junto al otro. Él particulariza. Por el contrario, el espacio social implica concurrencia actual o potencia en un punto o alrededor de ese punto. Implica entonces la posibilidad de acumulación (una posibilidad que se realiza bajo condiciones específicas) (*ibid.*:101).

Su discusión sobre la centralidad tiene un papel relevante en la construcción de estas jerarquías del espacio social en la medida en que, según el autor, la concentración de todo lo que existe en el espacio subordina todos los elementos que lo constituyen, así como los momentos del poder que controlan el centro. Éste contiene entonces propiedades como la compactación y la densidad, de donde irradian intervalos de espacios que son vectores de restricción y portadores de normas y “valores” (*ibid.*:356).

Aunque cuando escribió su libro la globalización no era un tema del momento, él establece ya para entonces algunos elementos de definición de las discusiones, pues a lo anteriormente expuesto le da un sentido diferente de la contradicción entre lo global y lo local en la medida en que lo liga con la discusión sobre el centro y la periferia, y en donde el segundo define el movimiento interno del primero, y en donde efectivamente el globalismo implica una centralidad previamente establecida (*ibid.*).

Reflexiones finales

Es evidente que Lefebvre realiza una interpretación especial de los conceptos del marxismo para entender cómo se produce el espacio social en una sociedad capitalista. Sin embargo, al mismo tiempo, hace un llamado para volver a los conceptos de Marx para analizar su producción, pero no sólo a partir del trabajo y la economía, sino incluyendo sus simbologías y hasta asociaciones míticas (*ibid.*:340). Este hecho abre el análisis y estudio del espacio y sobre el espacio a dimensiones mucho más amplias que la meramente económica y de forma que a la fecha habían predominado en el ámbito académico.

La importancia que tiene su aporte radica, además de en otros puntos, en dos que me parecen fundamentales. Por un lado, la contribución que hace del análisis del espacio a partir de su particularidad y de su producción, sin duda repercute en la reflexión teórica de su época y sobre todo de la contemporánea. Por el otro, la forma en que abre el espacio a una jerarquización de relaciones y a una simultaneidad de partes aporta elementos importantes para el estudio del espacio a partir de la diferen-

cia y no de la homogeneidad. Al respecto, habría que ampliar la forma en que estas relaciones se introducen y reproducen en el proceso mismo, en la medida en que el capitalismo, aun el contemporáneo, está inmerso en un sistema de diferencias entre clases, agentes y naciones.

Me preocupa, sin embargo, el hecho de que al estar vinculado el sujeto al espacio, éste aparece como independiente del capital y del capitalismo, y más concretamente, de la forma particular que adopta en el espacio. Tampoco se hace énfasis en cómo el espacio, en su particularidad, se materializa y concretiza en el espacio/sujeto para su reproducción material o simbólica. Estas, sin duda, son tareas que Lefebvre dejó pendientes y que de ningún modo quitan mérito al trabajo que realizó. Evidentemente, es preciso retomarlas, y quizá hasta resolverlas en lo posible, por medio de la discusión contemporánea sobre el tema.

Bibliografía

- Abbagnano (2000) (1961). *Diccionario de filosofía*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Harvey, David (1996). *Justice, Nature and the Geography of Difference*, Londres, Blackwell.
- (1991). "Afterword", en Lefebvre, Henri, *The production of Space*, Londres, Blackwell, pp. 425-434.
- Lefebvre, Henri (1991) (1974). *The production of space*, Londres, Blackwell.
- Ramírez, Blanca Rebeca (2003). *Modernidad-posmodernidad, globalización y territorio: un recorrido por los campos de las teorías*, México, UAM-Xochimilco/Miguel Ángel Porrúa.
- Soja, Edward (1989). *Postmodern Geographies*, Nueva York, Verso.